

FRANCO Y DE GAULLE. LAS RELACIONES HISPANO-FRANCESAS DE 1958 A 1969*

Franco and De Gaulle. *Spanish-French relations from 1958 to 1969*

Esther M. SÁNCHEZ SÁNCHEZ

Instituto de Historia-CSIC y Université de Paris VII-Denis Diderot

Fecha de aceptación definitiva: julio 2005

RESUMEN: Este artículo analiza la evolución de las relaciones —políticas, económicas y culturales— entre la España de Franco y la Francia de De Gaulle (1958-1969), tras un recorrido introductorio por los años cuarenta y cincuenta. Dadas las diferencias políticas y económicas entre ambos países, fue Francia quien marcó la pauta de las relaciones bilaterales. Por el carácter dictatorial de su régimen político y su retraso económico, España permaneció al margen de la política exterior de *Grandeur* diseñada por De Gaulle. Sin embargo, por su proximidad geográfica, antigüedad de relaciones y potencial económico, despertó un gran interés entre los responsables de la economía francesa, tanto públicos como privados. En consecuencia, mientras que las relaciones políticas llegaron a un punto de estancamiento, las económicas, sustentadas por las culturales, adquirieron un dinamismo particular. Los medios económicos establecieron cauces de entendimiento que no siempre encontraron los políticos y accedieron a un profundo conocimiento de las realidades del país vecino, influyendo decisivamente en el acercamiento bilateral

* Este artículo recoge una parte de la investigación presentada en mi Tesis Doctoral *Il n'y a plus de Pyrénées! Francia ante el desarrollo económico y la apertura exterior de España, 1958-1969* (Universidad de Salamanca, 2003). Agradezco los comentarios y sugerencias de mi director, Lorenzo Delgado, y de los miembros del tribunal que la juzgó, los profesores Dominique Barjot, Albert Carreras, Josefina Cuesta, Ricardo Miralles y Florentino Portero. Agradecimiento que hago extensivo a Javier Domínguez, que leyó el artículo en su versión preliminar y realizó atinadas observaciones. Por supuesto, los errores o carencias son de mi exclusiva responsabilidad.

de los últimos años del franquismo y, de ahí, en la plena normalización de relaciones en la etapa democrática.

Palabras clave: Relaciones hispano-francesas, Franco, De Gaulle, crecimiento económico.

ABSTRACT: This article analyzes the evolution of the relations —political, economic and cultural— between Franco's Spain and De Gaulle's France (1958-1969), after offering a review of Spanish-French relations during the forties and fifties. In regard to the political and economic differences between both countries, it was France that set the bilateral relations' guideline. Because of its dictatorial regime and its economic backwardness, Spain remained at the margins of De Gaulle's foreign policy of *Grandeur*. Nevertheless, due to its economic potential, geographical proximity, and the long history of relations, it awakened great interest in French economic spheres, both public and private. Therefore, whereas the political relations remained almost inactive, the economic relations, sustained by the cultural ones, acquired a particular dynamism. French economic spheres established channels of communication that politicians did not always find, and acceded to a deep knowledge of the Spanish realities, playing an outstanding role in the bilateral approach at the end of the dictatorship and, from there, in the full normalization of relations in the democratic period.

Keywords: Spanish-French relations, Franco, De Gaulle, economic growth.

En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, las relaciones hispano-francesas, condicionadas por factores ideológicos, atravesaron uno de sus momentos de mayor distanciamiento. Francia fue uno de los países que con más fuerza manifestaron en aquellos años su condena al franquismo, decretando unilateralmente el cierre de la frontera pirenaica y presionando a sus aliados para formalizar la situación de ostracismo internacional hacia la dictadura. España, por su parte, mantuvo una política, mezcla de espera y de adaptación a las circunstancias, que se saldó con la progresiva transigencia de las potencias occidentales, el ingreso en destacados organismos internacionales y la firma de importantes acuerdos bilaterales.

Desde finales de los años cuarenta, la dimensión ideológica fue progresivamente perdiendo alcance en la acción francesa hacia España, debido a las nuevas circunstancias del contexto internacional y, sobre todo, a la voluntad de las autoridades francesas de preservar sus posiciones económicas y culturales al otro lado de los Pirineos. Esta tendencia se consolidó a partir de los últimos años de la década de los cincuenta. La llegada al poder en Francia del general De Gaulle, menos reticente hacia el franquismo que los gobiernos anteriores, coincidió con la entrada de España en la senda del crecimiento económico occidental, proceso que renovó el interés francés por la economía española y, con ella, por el con-

junto del país. A la postre, el carácter dictatorial del régimen de Franco, unido a los nuevos planteamientos de la política exterior francesa, obstaculizaron la normalización de las relaciones políticas, pero no representaron ningún impedimento para la normalización de las relaciones económicas y culturales.

1. ESPAÑA Y FRANCIA AL TÉRMINO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: EL DIFÍCIL ACOMODO DE UN VECINO INCÓMODO

Con la llegada al poder del general Franco, las coordenadas que habían presidido la evolución de las relaciones hispano-francesas durante el primer tercio del siglo XX sufrieron un serio revés. Francia no participó en la Guerra Civil Española, pero facilitó la entrega al bando republicano de material militar procedente de la Unión Soviética, y desempeñó, a través del Partido Comunista, un papel destacado en la organización de las Brigadas Internacionales. España tampoco participó en la segunda guerra mundial, pero proclamó sin recato su proclividad ideológica hacia el fascismo, envió la División Azul al frente ruso, y realizó otros muchos gestos en favor de las potencias del Eje. En 1940, tras la derrota a manos de las tropas alemanas, se estableció en Francia el régimen colaboracionista de Vichy, presidido por el mariscal Philippe Pétain. A pesar de la mayor afinidad ideológica, Franco mantuvo hacia su nuevo vecino septentrional una actitud ambivalente, nunca demasiado cordial, y siempre mediatizada, de un lado, por su predilección hacia Alemania e Italia, y del otro, por su deseo de aprovechar la amistad con estas dos potencias para arrebatar a Francia posiciones en el norte de África. A medida que avanzaba la guerra mundial, e iba quedando patente la victoria de los aliados, el régimen de Franco desplegó una política de progresiva independencia respecto a las naciones fascistas: primero, con el paso de la no beligerancia a la neutralidad, y después, a nivel bilateral, con el reconocimiento de la Francia Libre del general Charles De Gaulle. Pero esta pauta de conducta se adoptó tarde y con demasiadas reservas. El fuerte decantamiento hacia las potencias del Eje, junto al lento desenganche de las mismas, anularon las ventajas que podrían haber reportado tanto una estricta neutralidad como un apoyo más temprano a los aliados.

Así, al término de la Segunda Guerra Mundial, España se encontró con un panorama exterior abiertamente hostil. Sus padrinos políticos habían sido derrotados y los países vencedores se apresuraron a pasarle factura por su clara sintonía con el fascismo. En consecuencia, España fue excluida de los mecanismos de cooperación internacional que, como el Plan Marshall, dinamizaron las sociedades europeas desde mediados de los años cuarenta, propiciando su reconstrucción y reconciliación¹. Francia, gobernada por una coalición de partidos de

1. La secuencia y claves explicativas de ese proceso de reprobación internacional del franquismo pueden seguirse en BRUNDU, P.: *Ostracismo e Realpolitik. Gli Alleati e la Spagna franchista negli anni del dopoguerra*. Cagliari, CELT, 1984; PORTERO, F.: *Franco aislado. La cuestión española*

izquierda desde la retirada de De Gaulle en enero de 1946, fue uno de los países que con más firmeza expresaron su rechazo al franquismo al finalizar la contienda: presionó en los foros de la ONU para vetar la entrada de España, recomendó la aplicación de sanciones contra Franco, y decretó de forma unilateral el cierre fronterizo de 1946-1948². Los franceses hicieron de la «cuestión española» una auténtica preocupación nacional, en parte para mitigar la mala conciencia de la no-intervención durante la Guerra Civil, en parte para borrar la sombra del régimen colaboracionista de Vichy, y en fin, para elevar el prestigio y la credibilidad internacional de un país que había salido de la guerra mundial sensiblemente debilitado.

Para eliminar el estigma de la colaboración con el Eje, ganar legitimidad en la escena mundial, y asegurar de esta forma su supervivencia, el régimen de Franco entabló, desde finales de los años cuarenta, una enérgica movilización diplomática. Sus propagandistas se afanaron en presentar una situación política estable, resaltar los valores católicos y anticomunistas del franquismo, y eliminar sus rasgos fascistas más chocantes. El recrudecimiento de la Guerra Fría, unido a la crisis de la oposición republicana en el exilio, facilitaron el mantenimiento de Franco en el poder y el ingreso de España en el bloque occidental. Poco a poco, las potencias occidentales fueron relegando sus objeciones ideológicas hacia el régimen y centrando sus miras en el valor estratégico, el carácter anticomunista y el potencial económico del país. En 1950 la ONU permitió el retorno de los embajadores a Madrid, con lo que las representaciones diplomáticas que venían funcionando desde 1944 se elevaron al rango de Embajadas. Tal decisión fue seguida de la entrada de España en algunas de sus agencias especializadas, como la Organización Mundial de la Salud (OMS, 1951), la Organización para la Educación, Ciencia y Cultura (UNESCO, 1952) y la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 1955), acontecimientos que precedieron a su admisión en la ONU como miembro de pleno derecho en 1955. Entre 1949 y 1950 el gobierno de Estados Unidos aprobó, no sin ciertas resistencias internas, sus primeras partidas de ayuda financiera a España, que se canalizaron a través de tres entidades bancarias, el Chase Manhattan Bank, el National City Bank y el Export-Import Bank. En 1953 este proceso de rehabilitación internacional del franquismo recibió un fuerte espaldarazo exterior, gracias a la firma de un Concordato con el Vaticano y, sobre todo, a la conclusión de un triple Acuerdo, militar, económico y técnico, con Estados Unidos. No obstante, pese a estos avances, España continuó al margen de organizaciones decisivas en la integración política y económica del bloque occidental, condicionada por la ausencia de liberalización política, y lastrada por

(1945-1950). Madrid: Aguilar, 1989; y LEONART, A. J.: *España y la ONU, 1945-1951*. Madrid: CSIC, 1978-1996, 5 vols.

2. Fue el 28 de febrero de 1946 cuando el gobierno francés, a través de su delegado en Madrid Bernard Hardion, comunicó su decisión de prohibir el tráfico de personas, mercancías y comunicaciones P.T.T. entre España y los territorios de la Francia metropolitana y ultramarina. MARTÍNEZ LILLO, P. A.: *Una introducción al estudio de las relaciones hispano-francesas (1945-1951)*. Madrid: Fundación Juan March, 1985, p. 24.

la autarquía económica y el bilateralismo comercial, que estaban permitiendo al país sobrevivir, pero en absoluto modernizarse³. En paralelo a la tramitación de sus primeras medidas de liberalización económica, España entró a formar parte, en 1958, del conjunto de países que integraban el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD), comúnmente conocido como Banco Mundial. En 1959 ingresó en la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), y en 1963 accedió al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT). Sin embargo, por razones políticas, hubo de aplazar su entrada en el Consejo de Europa hasta 1977, en la OTAN hasta 1982 y en la CEE hasta 1986.

El gobierno francés ordenó la reapertura de la frontera pirenaica a principios de 1948. Reconoció que esta medida no había sido secundada por ningún otro país, por lo que España había mantenido sus relaciones económicas con el extranjero. En consecuencia, la iniciativa francesa había originado efectos contrarios a los esperados: no sólo no se había logrado debilitar a la dictadura, sino que se habían puesto en serio peligro los intereses franceses en España, fundamentalmente en la esfera económica. Durante los meses finales de 1947, el entonces ministro francés de Asuntos Exteriores, Georges Bidault, insistió repetidamente ante la Asamblea Nacional francesa en la necesidad de subordinar, en las relaciones con España, el componente ideológico a planteamientos más prácticos y rentables. Argumento que quedó perfectamente expresado en la alocución que cerró una de sus intervenciones: «[...] il n'y a pas d'oranges fascistes. Il n'y a que des oranges»⁴. Es cierto que, en aquellos años, la política francesa estaba evolucionando hacia posturas más moderadas, sobre todo a raíz de la salida de los comunistas del gobierno y de la pérdida de posiciones de los socialistas. Pero el principal desencadenante de la reapertura fronteriza fue el factor económico: España contaba con productos alimenticios y materias primas que Francia necesitaba para su reconstrucción, además de importantes atractivos para la implantación empresarial. En lo sucesivo, el mantenimiento de relaciones económicas con España iba a adquirir una importancia suficiente como para obligar a los responsables franceses a moderar sus inclinaciones antifranquistas y descartar toda hipótesis de ruptura con Madrid⁵.

3. Vid. VIÑAS, Á. et alii: *Política comercial exterior en España (1931-1975)*. Madrid: Banco Exterior de España, 1979, vol. 2; CATALÁN, J.: «Sector exterior y crecimiento industrial. España y Europa, 1939-59», *Revista de Historia Industrial*, nº 8, 1995, pp. 113-122; GUIRAO, F.: *Spain and the Reconstruction of Western Europe 1945-57. Challenge and Reponse*. London/New York, MacMillan Press/St. Martin's Press, 1998; y BARCIELA, C. (ed.): *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*. Barcelona: Crítica, 2003.

4. Asamblea Nacional francesa, proceso-verbal de la Comisión de Asuntos Exteriores, sesión 12/IX/1947. Cit. MARTÍNEZ LILLO, P. A., op. cit., p. 33. En 1965, en su libro de memorias *D'une résistance à l'autre*, Bidault calificaría el cierre de la frontera franco-española como una decisión «très peu raisonnable». BIDAULT, G.: *D'une résistance à l'autre*. Paris: Les Presses du Siècle, 1965, p. 137.

5. Sobre las relaciones franco-españolas en la inmediata posguerra, y en particular la evolución del *affaire* fronterizo, pueden consultarse, además de la obra citada de MARTÍNEZ LILLO (avance de su Tesis Doctoral *Las relaciones hispano-francesas en el marco del aislamiento internacional del régimen franquista, 1945-1950*. Universidad Autónoma de Madrid, 1993) los trabajos siguientes: DULPHY, A.:

A la reapertura fronteriza siguió un nuevo marco regulador de los intercambios comerciales, que se inició con el acuerdo comercial bilateral de 1948, desde entonces renovado todos los años. Otros acontecimientos ejemplifican, en ámbitos distintos al comercial, los intentos de acercamiento realizados a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta. En el seno de la Asamblea Nacional francesa se formó, a iniciativa del diputado de Basses-Pyrénées y alcalde de Biarritz, Guy Petit, el Grupo Parlamentario de Amistad Franco-Española, que congregó a los diputados de centro-derecha interesados por las cuestiones relativas a España. Del lado francés, se recabó información sobre el lugar que ocupaba la enseñanza de su lengua en España, al tiempo que comenzó a plantearse la reconstrucción de la Casa de Velázquez, que había sido destruida durante la guerra civil. Por parte española, se recuperó el control sobre el Colegio de España en la Ciudad Universitaria de París, y se reabrieron paulatinamente las escuelas destinadas a la educación de los emigrantes. Además, se restauró la Comisión Internacional de Límites de los Pirineos, un organismo encargado de la resolución de problemas fronterizos que no se reunía desde antes de la guerra civil. También se fundaron las revistas culturales *Amitié franco-espagnole* y *Soeurs Latines*, patrocinadas por los Ministerios francés y español de Asuntos Exteriores, entonces con Antoine Pinay y Alberto Martín Artajo al frente, y sustentadas, material e intelectualmente, por personalidades de la derecha moderada, como el secretario general del CSIC José María Albareda y el antiguo embajador en Madrid León Bérard.

La actitud francesa hacia España seguía condicionada por la continuidad del régimen de Franco, que pese a una cierta adaptación a las circunstancias apenas se había distanciado de las pautas político-ideológicas que presidieron su gestación en 1936-1939. Pero esta serie de acontecimientos avanzaban la dinámica posterior de la política francesa con respecto a España: condena moral al régimen de Franco, sobre todo de cara a la opinión pública, y colaboración práctica en ámbitos específicos, fundamentalmente económicos y culturales. Los efectos negativos del cierre fronterizo sirvieron de lección. El realismo se antepuso definitivamente a la ideología y los sucesivos gobiernos de la IV y V Repúblicas no volvieron a permitir que sus objeciones ideológicas hacia el régimen de Franco arriesgasen sus logros económicos y culturales al otro lado de los Pirineos. El acercamiento franco-español, iniciado a finales de los años cuarenta con la relajación de las tensiones ideológicas y la colaboración en cuestiones económicas y culturales, recibió un fuerte impulso a finales de la década siguiente. Por un lado, a raíz de la firma de varios acuerdos de cooperación bilateral, sobre todo en

La politique de la France à l'égard de l'Espagne de 1945 à 1955. Entre idéologie et réalisme. Paris, Ministère des Affaires Étrangères, 2002; BRUNDU, P.: «L'Espagne franquiste et la politique étrangère de la France au lendemain de la deuxième guerre mondiale», *Relations Internationales*, nº 50, 1987, pp. 165-181; MIRALLES, R.: «Las relaciones hispano-francesas en el siglo XX», en BUSTURIA, D. (dir.): *Del reencuentro a la convergencia. Historia de las relaciones bilaterales hispano-francesas*. Madrid, Fundación Diálogo, 1994, pp. 87-103; y RODRÍGUEZ CRUZ, R.: «Relaciones franco-españolas al término de la Segunda Guerra Mundial: de la tirantez al cierre de la frontera», en VV.AA.: *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*. Madrid: CSIC, 1986, pp. 221-248.

materia militar, para detener el avance de los movimientos independentistas marroquíes, que amenazaban las zonas de influencia colonial de ambos países. Por otro lado, gracias a la apertura de un nuevo cauce intergubernamental de apoyo mutuo: apoyo del gobierno francés al gobierno español para controlar la actividad de los sectores antifranquistas exiliados en su territorio, a cambio del apoyo del gobierno español a la política de Francia en Argelia.

Desde la época de la colonización, la política marroquí había originado numerosas fricciones entre los gobiernos español y francés, que administraban, respectivamente, las zonas norte y sur del Protectorado. En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, España había intentado, en vano, negociar su implicación bélica a cambio de los territorios de influencia francesa, y al término de la contienda, en su política de acercamiento al mundo árabe, había criticado abiertamente a Francia como representante de un colonialismo duro y opresor, y había dado vía libre a las actividades de las fuerzas de liberación marroquíes. El Protectorado accedió a la independencia en 1956. Pero esta independencia no se cerró con unos acuerdos sólidos y unánimemente admitidos, y el irredentismo marroquí volvió a manifestarse de inmediato, reclamando los territorios limítrofes de administración francesa y española. En 1957 el gobierno español, convencido de que sus posesiones norteafricanas sólo podrían ser conservadas si Francia mantenía las suyas, y alarmado por la extensión del comunismo soviético en la zona, respondió favorablemente a la propuesta francesa de abrir una línea de cooperación militar bilateral para detener a los irredentistas. En febrero de 1958, una operación combinada de los ejércitos español y francés (denominada *Ouragan* e integrada por la española *Teide* y la francesa *Écouvillon*), permitió la expulsión de los rebeldes marroquíes al sur del paralelo 27° y el acuerdo —momentáneo— de un alto el fuego⁶.

Por razones de vecindad geográfica, Francia se convirtió en tierra de acogida de muchos de los españoles que, a finales de la Guerra Civil, huyeron del avance de las tropas franquistas. Este contingente de refugiados, integrado por ex-combatientes de la más variada extracción social y profesional, fue instalado al otro lado de los Pirineos en condiciones bastante precarias, soportando la desconfianza, cuando no la hostilidad, de buena parte de la población francesa. Durante la guerra mundial, muchos se sumaron a las filas de la Resistencia para participar en la lucha común contra el fascismo. Confiaban en que la Liberación de Francia llevaría aparejado el retorno de la democracia a España. Pero Franco continuó en el poder y ellos se vieron obligados a permanecer en el exilio. Al menos, en los años que siguieron a la Liberación, estos españoles consiguieron el respaldo de la opinión pública francesa y una acogida favorable por parte de los responsables políticos salidos de la Resistencia, que en agradecimiento a su heroísmo en los campos de batalla, les otorgaron el estatuto de refugiado político, protección jurí-

6. Vid. MORALES, V.: *El final del Protectorado hispano-francés en Marruecos: el desafío del nacionalismo magrebí, 1945-62*. Madrid, Instituto de Estudios Islámicos, 1998; e YBARRA, C.: *La acción española en la descolonización del Magreb. Rivalidad hispano-francesa en Marruecos, 1951-1961*. Tesis doctoral, UNED, 1996.

dico-administrativa y una serie de ventajas laborales. Esta situación se modificó a principios de la década de los cincuenta. La reapertura fronteriza y el intercambio de embajadores significaron el reconocimiento del gobierno franquista y, en contrapartida, el no reconocimiento del gobierno republicano en el exilio. La Guerra Fría, y el temor a que la izquierda española influyese en la radicalización de la izquierda francesa, llevaron al gobierno francés a responder a las quejas de su homólogo español respecto a la actividad subversiva de los exiliados. En consecuencia, Francia aprobó varias medidas para reprimir sus actividades y cortar su libertad de movimiento, sobre todo la de comunistas y anarquistas: operación de policía *Boléro-Paprika* para dismantelar las organizaciones comunistas, apertura de procesos contra las publicaciones de partidos y sindicatos en el exilio, prohibición de reuniones políticas, intensificación del control policial para el cruce de la frontera y, por sólo citar las medias más relevantes, subordinación de los permisos de trabajo y residencia en Francia al mantenimiento del orden público —léase la ausencia de manifestaciones antifranquistas—, un asunto que las autoridades españolas pudieron vigilar de cerca mediante el envío de sus propios funcionarios de policía. Con todo ello, la actividad de los refugiados españoles en Francia acabó por desenvolverse prácticamente en la clandestinidad, proceso que se desarrolló en paralelo al desplazamiento del centro de gravedad del antifranquismo del exterior al interior de España, y al relevo de los exiliados políticos por los emigrantes económicos⁷.

Gracias al ejército francés, España había podido conservar sus territorios norteafricanos de Ifni, Sahara, Ceuta, Melilla, Gomara, Alhucemas y Chafarinas, y gracias al gobierno francés, había logrado el confinamiento de la oposición en el exilio. El agradecimiento del régimen franquista se hizo efectivo en el aval otorgado a la política francesa en Argelia. Los representantes diplomáticos españoles manifestaron su voto favorable en los foros de la ONU y aprobaron varias disposiciones para el control de los grupos contrarios a la política oficial francesa, tanto los independentistas del Front de Libération Nationale (FLN), como los partidarios de la «*Algérie française*» pertenecientes a la Organisation de l'Armée Secrète (OAS), muchos de los cuales se habían refugiado en la Península Ibérica⁸. El apoyo español resultó, no obstante, condicional y matizado, alternándose con actitudes más ambiguas, que resultaron de la voluntad de no romper del todo las relaciones con los países árabes, del temor a una expansión excesiva de la influencia francesa en la zona, y del deseo de conservar algún elemento de presión hacia Francia en otros terrenos. Algunos episodios registrados en aquellos años ilustran claramente esta política ambigua. Por ejemplo, en agosto de 1958, mientras que el gobierno español daba cuenta a sus interlocutores franceses de

7. De ahí que en 1968, año en que se registró el mayor volumen de entradas de españoles en Francia, los exiliados políticos no superaran el 8,5% de los 607.184 individuos que formaban la colonia española. DREYFUS-ARMAND, G.: *L'exil des Républicains espagnols en France. De la guerre civile à la mort de Franco*. París: Albin Michel, 1999, p. 298.

8. Vid. OTERO, M.: *L'Algérie dans les relations franco-espagnoles, 1954-1964*. Mémoire de DEA, Institut d'Études Politiques de Paris, 1996.

las medidas aprobadas para el control del activismo argelino, el ministro español de Asuntos Exteriores, Fernando Castiella, se entrevistaba con el líder independentista Ferhat Abbas, presidente en exilio del Gouvernement Provisoire de la République Algérienne (GPRA). Poco tiempo después, los militares franceses contrarios a la independencia de Argelia elegían Madrid para fundar la OAS y preparar el golpe frustrado de abril del 1961, con la anuencia de parte de los dirigentes franquistas y la implicación directa de Ramón Serrano Suñer, que entonces dirigía un prestigioso bufete de abogados. Una conducta que el embajador de España en París, José María de Areilza, calificaría de «error político de notable magnitud»⁹, y que el gobierno español trataría enseguida de solucionar mediante un amplio esfuerzo diplomático y la expulsión o el control de los activistas argelinos que residían en España.

Incluso en los años de mayor condena internacional, el régimen de Franco contó, en Francia como en el resto de países occidentales, con el respaldo (directo o indirecto y más claro o menos claro) de determinados sectores: grupos políticos de centro-derecha, intelectuales conservadores, jerarquías militares, medios financieros y de negocios, etc. Algunos de estos grupos, recelosos de las antiguas reformas del Frente Popular francés y nostálgicos de Vichy, miraron con simpatía a la dictadura franquista, que ofrecía métodos autoritarios para combatir el comunismo y renovar el Estado en un marco de orden y disciplina. Otros, contrarios al fascismo y a los sistemas políticos dictatoriales, compartían, al menos en parte, los valores conservadores, católicos y anticomunistas que preconizaba Franco. Pero, por encima de toda consideración ideológica, estos sectores privilegiaron consideraciones prácticas y oportunistas, derivadas de la importancia que atribuían a la situación geográfica y, más aún, al potencial económico de España. Conducidos por este sentido práctico y oportunista, los medios empresariales franceses apenas prestaron atención a la naturaleza política del régimen franquista. Salvo en casos excepcionales, esta circunstancia no fue óbice para obstaculizar sus planes de implantación en España. A la llegada de Franco al poder, Francia conservaba importantes redes empresariales en España, en gran parte formadas en la segunda mitad del siglo XIX en torno a la minería, la banca y el ferrocarril. Durante las primeras décadas del siglo XX, parte de las sociedades y participaciones francesas fueron absorbidas por compañías españolas. No obstante, al iniciarse la Guerra Civil, Francia encabezaba aún la lista de inversores extranjeros en España, muy por delante de británicos, belgas, alemanes y estadounidenses¹⁰. Muchas de sus filiales y sucursales resistieron los avatares de la contienda española, suministrando materiales a uno u otro bando o, simplemente,

9. AREILZA, J. M. de: *A lo largo del siglo, 1909-1991*. Barcelona: Planeta, 1992, p. 151. Para ampliar los detalles sobre este episodio, vid. AREILZA, J. M. de: *Memorias Exteriores, 1947-1964*. Barcelona: Planeta, 1984, pp. 155-160; y FERRANDI, J.: *600 jours avec Salan et l'OAS*. París: Fayard, 1969, pp. 127-132.

10. TASCÓN, J.: «Capital internacional antes de la 'internacionalización del capital' en España, 1936-1959», en SÁNCHEZ RECIO, G.; TASCÓN, J. (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*. Barcelona: Crítica, 2003, p. 284.

manteniéndose en estado latente hasta el cese de las hostilidades. Otras se implantaron en el contexto de aislamiento y escasez de los años cuarenta y principios de los cincuenta, a la espera de condiciones más favorables que, en efecto, serían una realidad en la década siguiente. A la larga, estos empresarios consiguieron, gracias a su conocimiento del mercado y a los vínculos creados, allanar el camino para la implantación económica francesa en el contexto de expansión de los años sesenta, desempeñando, con ello, un papel decisivo en el proceso de normalización de las relaciones bilaterales¹¹.

2. ESPAÑA Y FRANCIA DURANTE EL GOBIERNO DE DE GAULLE: LA ACELERACIÓN DEL ACERCAMIENTO

En 1958 el general De Gaulle retomó las riendas del Estado francés, convocado por una mayoría parlamentaria que se reconoció incapaz de solucionar los problemas que acuciaban entonces al país: inestabilidad gubernamental, crisis financiera y guerra colonial de Argelia. De Gaulle gozaba entonces de una gran popularidad entre la población francesa, como símbolo de la Francia Libre, de la lucha contra el régimen de Vichy y de la defensa de las libertades fundamentales. A esta legitimidad histórica vino a sumarse la democrática, puesto que De Gaulle concurrió a las elecciones (por sufragio universal directo desde 1962) y fue ratificado por los franceses en cinco ocasiones, 1958, 1962, 1965, 1967 y 1968. La Constitución de 1958, aprobada en referéndum por casi el 80% de la población, marcó el inicio de la V República, un régimen de marcado carácter presidencialista. Con el nuevo entramado institucional, los consejos de ministros y las cámaras parlamentarias perdieron importancia en la elaboración de la política exterior francesa, que pasó a ser el *domaine réservé*¹² del presidente, y también su principal preocupación, pues a ella subordinó la política económica, social y cultural del país, y en ella dejó su más clara impronta personal¹³.

De Gaulle manifestó hacia el franquismo una actitud más tolerante que las adoptadas por las administraciones que le precedieron durante la IV República. En su particular concepción de las naciones, el general francés atribuía a la España franquista, como a la Rusia comunista, «razones de ser» históricas y geoestratégicas que primaban sobre el componente ideológico, que por muy reprochable

11. SÁNCHEZ SÁNCHEZ, E. M.: «Redes empresariales francesas en la España franquista: el Conseil National du Patronat Français, 1946-1966». Comunicación presentada en el VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica (Galicia, 13-16 septiembre 2005).

12. Expresión popularizada por Jacques Chaban-Delmas, presidente de la Asamblea Nacional francesa.

13. La política exterior de Francia durante la presidencia del general De Gaulle ha sido objeto de una amplia bibliografía. Para una aproximación al tema, remitimos a los trabajos clásicos de GROSSER, A.: *Affaires extérieures. La politique de la France, 1944-1984*. Paris: Flammarion, 1984; LA GORCE, P. M. de; SCHOR, A. D.: *La politique étrangère de la V^e République*. Paris: PUF, 1992; y VAÏSSE, M.: *La grandeur. Politique étrangère du général de Gaulle, 1958-1969*. Paris: Fayard, 1998.

que fuera desaparecería inevitablemente con el tiempo. En 1936 De Gaulle había apoyado la no-intervención en el conflicto interno de España, en 1945 había enviado a Franco un mensaje para comunicarle su disconformidad respecto a las presiones de la izquierda, y ese mismo año, relegando los orígenes filo-fascistas del franquismo y olvidando la ayuda de los refugiados españoles a la Liberación de París, había manifestado ante el parlamento y la opinión pública francesa su interés por el reestablecimiento de relaciones cordiales con el vecino del sur, por razones eminentemente prácticas: «*les pyrites n'ont pas de parti*»¹⁴. En 1958 De Gaulle seguía justificando el acercamiento a la España franquista, no sólo por cuestiones de *Realpolitik*, sino también por una cierta sintonía con determinadas actitudes y valores conservadores, y por su voluntad de mitigar la influencia de las potencias anglosajonas. No obstante, De Gaulle evitó siempre aludir a esta coincidencia de ideas para no ser tachado de antidemócrata¹⁵. Es cierto que la Constitución de 1958 atribuyó amplias prerrogativas al ejecutivo, pero también es cierto que De Gaulle, que había edificado su prestigio en la lucha contra el nazismo, siempre se opuso a las dictaduras, defendió las libertades fundamentales y respetó la voluntad popular.

En España, la proclamación del nuevo presidente francés fue acogida positivamente, tanto por parte del gobierno como de la prensa. De Gaulle era ante todo el hombre que, apoyado por un partido político de signo conservador —hecho extraño en el paisaje europeo occidental de aquellos años—, había puesto fin a la IV República, un régimen manifiestamente antifranquista. Algunas autoridades y medios de comunicación españoles llegaron incluso a encontrar paralelismos entre la España de 1936 y la Francia de 1958, en elementos como el fracaso de las asambleas parlamentarias, el inicio de la rebelión en una colonia africana, la intervención del ejército, el acceso al poder de un general, o el refuerzo de la autoridad gubernamental¹⁶. Huelga decir que si la Francia de 1958 ganó terreno respecto a los dirigentes franquistas, lo perdió respecto a los sectores antifranquistas de dentro y fuera de España, que vieron en la República gaulista rasgos de una «nueva dictadura»¹⁷. A Franco, la victoria de De Gaulle vino a confirmarle su convencimiento de la inoperancia de los sistemas parlamentarios,

14. Discurso pronunciado el 12 de octubre de 1945. Cit. OTERO, M., op. cit., p. 65. Sobre la importancia de las piritas, y en general de los minerales industriales españoles, para la economía francesa, vid. BRODER, A.: *Le rôle des intérêts économiques étrangers dans la croissance de l'Espagne au XIX^e siècle, 1767-1924*. Tesis doctoral, Universidad de Lille III, 1981, vol. 5; BORRAS LLOP, J. M.: *Francia ante la Guerra Civil Española. Burguesía, interés nacional e interés de clase*. Madrid: CIS, 1981; y CHASTAGNET, G.: *L'Espagne, puissance minière dans l'Europe du XIX^e siècle*, Madrid: Casa de Velázquez, 2000.

15. «Informe sobre ciertos aspectos favorables de la política francesa con respecto a España», sin firma, Madrid, 12/VIII/1959. Archivo del Ministerio español de Asuntos Exteriores (en adelante AMAE-E), R-5440/22.

16. Vid. los extractos de las declaraciones gubernamentales y los recortes de prensa españoles que se conservan en el Archivo del Ministerio francés de Asuntos Exteriores (en adelante AMAE-F), EUROPE, Espagne, 1956-60, vol. 225.

17. Nota del embajador Guy de la Tournelle al Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Madrid, 23/XII/1958. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1956-60, vol. 225.

su acierto de no sucumbir al juego del pluripartidismo y, en fin, la necesidad de mano dura. Seguramente, la idea de un «general salvador de Francia» sedujo con fuerza a un hombre que se veía a sí mismo como el «caudillo salvador de España».

Sin embargo, al igual que los sistemas políticos que lideraban, Franco y De Gaulle tenían muy poco en común. Ambos habían recibido una formación militar, pero mientras que De Gaulle había ratificado su acceso al poder por la vía constitucional y defendía la supremacía del poder civil sobre el poder militar, Franco se había izado al frente del gobierno de España tras un levantamiento militar y había convertido al ejército en uno de los pilares fundamentales de su régimen. Ambos subrayaban la importancia de la nación y la patria, estaban convencidos del papel excepcional que habían de desempeñar en la Historia, tenían un alto concepto de sí mismos y gustaban de alocuciones dramáticas del tipo «yo o el caos», pero las consideraciones de De Gaulle denotaban un carácter menos nostálgico y más pragmático que las de Franco, lo cual derivaba de su mejor conocimiento y mayor inmersión en los asuntos mundiales. El general francés también era católico, pero ni practicaba regularmente la religión en su vida privada, ni la utilizaba como argumento de peso en sus discursos políticos. Además, no entendía el comunismo como una gran fuente de males, sino como una simple fórmula temporal de organización política y económica. En fin, pese a no haberse sumado a las presiones de la izquierda en la inmediata posguerra, De Gaulle desestimaba la forma de acceso al poder de Franco y, sin ningún temor a contrariarle, había accedido a entrevistarse con el pretendiente monárquico, don Juan de Borbón¹⁸.

De 1958 a 1969 la política exterior de Francia se organizó en torno a la visión que su presidente tenía de las relaciones internacionales y del lugar que Francia debía ocupar en el mundo, según la máxima, que inundó sus escritos y discursos, «la France ne peut être la France sans la Grandeur». En efecto, De Gaulle estaba convencido de que Francia, por su historia, su geografía y sus recursos, estaba llamada a desempeñar un papel clave en la escena internacional, a ser uno de los centros de decisión de los destinos del mundo, a adquirir un rango similar al que disfrutaban entonces Estados Unidos y la Unión Soviética. En esta concepción de la política exterior, España aparecía, por su régimen dictatorial y su retraso económico, como un socio diplomático de segunda fila. No podía ocupar un lugar de peso en el mundo, al menos en ese momento, y podía hacer muy poco para ayudar a Francia a recuperar el suyo.

De esta forma, si durante su gestión al frente de la V República De Gaulle intervino directamente en la toma de decisiones respecto a otros países, España no le interesó especialmente, y delegó esta responsabilidad en sus representantes diplomáticos¹⁹. Si mantuvo una correspondencia fluida con los principales líderes

18. TUSELL, J.: *Juan Carlos I*. Madrid, Arlanza Ediciones, 2002, p. 47.

19. Durante el período abordado se sucedieron en España los embajadores Guy de Tournelle (1954-1959), Roland de Margerie (1959-1962), Armand du Chayla (1962-1964) y Robert de Boisseson (1964-1970). Sus homólogos en París fueron José Rojas y Moreno, conde de Casas Rojas (1952-1960),

extranjeros, fueron muy pocas las cartas personales que intercambió con Franco, y en su mayoría meros acuses de recibo o mensajes de agradecimiento²⁰. Si realizó frecuentes desplazamientos por toda la geografía francesa y mundial, a España sólo viajó una vez, en 1970, es decir una vez retirado de la vida pública tras su derrota en el referéndum de 1969, y a menos de cinco meses de su fallecimiento. No viajó a España, pues, como representante de la V República francesa, sino a título estrictamente privado, para descansar junto a su esposa, conocer las ciudades y monumentos, y estudiar sobre el terreno las batallas de Napoleón, con la intención de escribir un libro sobre el tema. Tuvo sin embargo que enfrentarse a algunos de los que fueran sus más cercanos colaboradores, como el ministro de Cultura André Malraux o el periodista de *Le Figaro* Jean Mauriac, cuyas aversiones hacia el régimen de Franco les condujeron a condenar de inmediato el viaje, manifestando su sorpresa y decepción incluso ante la opinión pública²¹. Pese a todo, la década de 1958 a 1969 había estado jalonada de especulaciones sobre un posible encuentro entre ambos jefes de Estado. No en vano, aunque Franco no saliera de su país, De Gaulle había visitado naciones que, como Grecia o las de América Latina, presentaban ciertas analogías con España. Y el mismo Eisenhower, presidente de Estados Unidos, había conocido personalmente a Franco a finales de 1959. Pero la realidad fue que ningún jefe del Estado francés en ejercicio se desplazó a España en visita oficial durante los 65 años que mediaron entre el viaje de Raymond Poincaré en 1913 y el de Valéry Giscard d'Estaing en 1978²².

José María de Areilza, conde de Motrico (1960-1964), Carlos de Miranda y Quartín, conde de Casa Miranda (1964-1966) y Pedro Cortina Mauri (1966-1973).

20. Prueba de ello es que en su selección de escritos oficiales (editada como *Lettres, notes et carnets*) De Gaulle sólo incluyó tres cartas a Franco, las tres de agradecimiento: al apoyo otorgado a la política francesa en Argelia (24 de marzo de 1962), a las muestras de reconocimiento con motivo de su dimisión (31 de mayo de 1969) y a las atenciones recibidas en el transcurso de su visita a España (29 de junio de 1970). Los tres escritos exhibieron, eso sí, un tono caluroso y adulador. Baste reproducir el primer párrafo del último de ellos: «Mon cher Général, de retour en France, je veux vous dire à quel point j'ai apprécié la magnifique et aimable hospitalité qui m'a été accordée en Espagne pendant mon séjour. C'est avec un puissant intérêt que j'ai pu prendre contact avec quelques aspects de l'histoire et de la vie de son grand peuple et recueillir partout l'impression qu'il se trouve en plein essor. Avant tout, j'ai été heureux de faire personnellement votre connaissance, c'est-à-dire celle de l'homme qui assure, au plan le plus illustre, l'avenir, le progrès et la grandeur de l'Espagne, et je n'ai pas manqué d'être fort impressionné par notre entretien [...]». DE GAULLE, Ch.: *Lettres, notes et carnets*, tomo XII (1969-1970). Paris: Plon, 1987, p. 139.

21. André Malraux, miembro de las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil Española, llegaría a declarar, cuatro años más tarde, que si esta visita se hubiese producido cuando él era aún miembro del Gobierno, su dimisión hubiese sido inmediata. Jean Mauriac, por su parte, escribiría en su *Cahier de Notes*: «J'en reste glacé. Je l'ai subie comme une offense». Cit. LACOUTURE, J.: *De Gaulle. (3. Le souverain)*. Paris, Seuil, 1988, p. 777. Años más tarde, Mauriac justificaría la iniciativa de De Gaulle en los términos siguientes: «Je comprenais très bien la curiosité de ce géant [De Gaulle] pour l'insecte Franco, minuscule vieillard survivant des dictatures fascistes, les derniers rites de l'homme tombé du pouvoir, sorte de romantisme littéraire à la chateaubriand». MAURIAC, J.: *Mort du général de Gaulle*. Paris: Grasset, 1970, p. 82.

22. Edouard Herriot visitó oficialmente España en 1932, pero no a título de jefe del Estado sino del gobierno.

Ahora bien, esta indiferencia de De Gaulle hacia España no impidió que el resto de los responsables franceses se desentendieran de un país tan cercano en la geografía, tan destacado en el devenir histórico de Francia y tan prometedor para el *rayonnement* de su economía y su cultura, con independencia del carácter dictatorial del régimen de Franco. La nueva etapa de desarrollo de la economía española, iniciada con la aplicación del Plan de Estabilización de 1959 y la entrada en algunas de las principales organizaciones económicas internacionales, reavivó el interés de las autoridades francesas por España, lo cual se tradujo en la intensificación de los contactos y en la multiplicación de los estudios e iniciativas. Este renovado interés, alentado por el cambio económico, no se circunscribió al ámbito de las autoridades económicas, sino que alcanzó, en mayor o menor medida, a todas las autoridades mínimamente interesadas por los asuntos de España. El gobierno francés en pleno consideró imprescindible conocer lo que estaba sucediendo al otro lado de los Pirineos, tanto para participar de los frutos del crecimiento, como para intervenir en el cambio político que, presumiblemente, comenzaba a gestarse en aquellos años. A tal fin, dispuso de una información detallada y fidedigna sobre la realidad española. A través de sus delegados en España, el Ministerio de Asuntos Exteriores y las Direcciones de Relaciones Exteriores de otros Ministerios recibieron regularmente informes sobre, entre otras cuestiones, la trayectoria personal y profesional de los dirigentes españoles, sus desplazamientos al extranjero, las transformaciones ocurridas en el interior del país, los acuerdos concluidos con terceros países, las noticias de prensa e incluso los rumores que alcanzaban un cierto eco. Información que los responsables ministeriales solían completar con la obtenida en el transcurso de sus desplazamientos a España, además de los datos remitidos por sus homólogos españoles, los informes emanados de las organizaciones internacionales, y los estudios elaborados por las empresas francesas que disponían en España de filiales, sucursales u otro tipo de intereses, como relaciones de exportación, inversión y asistencia técnica.

En consecuencia, las autoridades francesas fueron conscientes de la diversidad de matices que encerraba la realidad española. Conocieron las complejas divisiones existentes en el seno de la clase dirigente, el debilitamiento de los sectores más intransigentes en beneficio de los más moderados, la progresiva asimilación de ciertas reivindicaciones democráticas por algunas fuerzas interiores del régimen²³. Conocieron la fragilidad de la oposición en el exilio, su pérdida de contacto con las nuevas generaciones de españoles, su incapacidad para liderar el cambio político que sobrevendría a la muerte de Franco²⁴. En los informes y discursos que sobre España y los españoles elaboraron los responsables franceses, la imagen de un país pobre, atrasado y aislado cedió progresivamente su

23. «Situation économique et sociale de l'Espagne», informe del agregado financiero al Ministerio francés de Economía y Finanzas, Madrid, 24/II/1961. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 314.

24. «Situation intérieure de l'Espagne», nota de la Dirección de Asuntos Políticos, Subdirección de Europa Meridional, del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, París, 20/I/1969. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 353.

lugar a la de un país maduro, serio, que había que empezar a tener en cuenta, y la imagen de un pueblo con rancios valores de pobreza generosa, orgullo nacional y misticismo religioso empezó a ser remplazada por la de un pueblo que comenzaba a hacer suyas las aspiraciones de los europeos²⁵. De ahí que los responsables franceses no se sorprendieran, o al menos no tanto como la mayoría de los franceses, de la transformación acelerada que se produjo en España desde aquellos años, ni del modo pacífico, rápido y consensuado en que transcurrió el proceso de transición a la democracia en la década siguiente. Por no hablar de los beneficios que consiguieron de sus exportaciones, inversiones y cesiones tecnológicas a España, en gran parte logradas gracias al temprano y minucioso examen de las posibilidades de crecimiento de la economía española²⁶.

Pero estos conocimientos apenas llegaron a la opinión pública francesa. Los medios de comunicación informaron, por supuesto, de los cambios acaecidos en el país vecino. Sin embargo, salvo la prensa económica especializada —de difusión minoritaria—, los demás no informaron con el rigor necesario. Las noticias y reportajes fueron escasos, su calidad cuando menos discutible y la utilización de estereotipos constante. Tales estereotipos afluyeron con especial énfasis a la hora de describir la mezcla de tradición y modernidad que vivía España. La pluma de los corresponsales solía recrearse en la confrontación de, por ejemplo, automóviles con miseria y bikinis con catedrales: «[...] la Rolls ose errer dans les quartiers déshérités et le bikini se profiler sur fond de cathédrale»²⁷. O carreteras de reciente construcción con asnos, sol y símbolos religiosos: «[...] les ânes ont encore bien du chemin à faire, les flancs battus par deux croix énormes, le long de la route toute neuve qui s'étire au soleil»²⁸. Los millones de turistas franceses que veranearon en la España de los años sesenta apenas se percataron de las transformaciones que estaban teniendo lugar a su alrededor. No se relacionaron con la sociedad de acogida más de lo estrictamente imprescindible y regresaron a Francia con las mismas ideas preconcebidas que habían traído consigo. Tampoco los emigrantes españoles en Francia contribuyeron a potenciar la comprensión sobre su país de origen. En su mayoría, vivieron pensando en el retorno, trabajando duro, ahorrando todo el dinero posible y postergando el consumo para su vuelta a España. Por ello, apenas se preocuparon por aprender el idioma, invertir en vivienda y ocio, o adquirir una formación profesional que facilitasen su integración en Francia. A esta desinformación de la sociedad francesa contribuyó sin duda la propaganda oficial del régimen franquista, que para fomentar el turismo y garantizar el retorno de los emigrantes —es decir, la entrada de divisas en la balanza española de pagos—, recalcó machaconamente los atractivos de la España típica, la de las costumbres tradicionales y los paisajes rurales, de preferencia andaluces.

25. «Rapport de fin de mision», informe del embajador Robert de Boisseson al Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Madrid, 7/II/1970. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 251.

26. Vid. SÁNCHEZ, E.: *Il n'y a plus de Pyrénées! Francia ante el desarrollo económico...* op. cit.

27. *Paris Match*, 26/VI/1965.

28. «A Malaga, le flamenco cède la place devant les guitares électriques», *Combat*, 12/IX/1964.

Por consiguiente, mientras que las autoridades francesas adquirirían un conocimiento cada vez más complejo, plural y real de la situación española, la población francesa se encerraba en una imagen estereotipada del país y sus habitantes. Una imagen que se había conformado, esencialmente, a partir de los tópicos difundidos por los autores románticos y a partir del recuerdo de la Guerra Civil²⁹. En el siglo XIX los grandes clásicos del Romanticismo francés, como Chateaubriand, Gautier o Mérimée, habían presentado a España como un país insólito, plagado de contrastes, lugares misteriosos, decorados andaluces y mujeres bellas y apasionadas. A esta imagen romántica, continuamente actualizada en el siglo XX, vino a agregarse la de la Guerra Civil, es decir la de las dos Españas, la vencedora y la vencida, cuya sombra permanecería largo tiempo en Francia. En 1965 el rotativo *Le Monde Diplomatique* afirmaba sin apenas matices: «Les horreurs de la guerre civile survivent toujours en Espagne»³⁰. Tres décadas después, el hispanista francés Jean-Marc Delaunay, reflexionando sobre la posición de España en la política exterior francesa del siglo XX, llegaba a la siguiente conclusión: «La guerre civile espagnole fut sans aucune doute la période la plus ‘espagnole’ de l’opinion publique française»³¹. De hecho, los pocos acontecimientos que consiguieron movilizar a la opinión pública francesa en los años sesenta, como el congreso de Munich (1962), la ejecución del dirigente comunista Julián Grimau (1963) o el proceso de Burgos (1970), fueron juzgados a la luz del recuerdo, simplificado e idealizado, de la Guerra Civil³². No ayudaron a actualizar esta imagen las percepciones difundidas por gran parte de la izquierda, francesa y española, que se empeñó en perpetuar la visión de la España vencida y de los exiliados, mantuvo los argumentos con los que condenó a Franco en la inmediata posguerra, y no se percató demasiado de la extensión de las reivindicaciones liberalizadoras entre algunos dirigentes del régimen. De esta forma, las transformaciones españolas de finales de los años cincuenta, que las autoridades francesas analizaron con todo lujo de detalles, pasaron prácticamente desapercibidas para el resto de la población. La imagen de España en Francia continuó mediatizada por el estereotipo y reducida a unos pocos clichés, en su mayoría procedentes del pasado, y así resultó, si no del todo negativa, sí bastante simple y sesgada: ¿España? un país atrasado, relegado de Europa y encerrado en sí mismo, con el atractivo, eso sí, de

29. Para una mayor profundización sobre el proceso de conformación de la imagen de España en Francia, remitimos a los estudios de ANGOUSTURES, A.: «L’opinion publique française et l’Espagne», *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, n° 37, 1990, pp. 672-686; DELAUNEY, J.-M.: «L’Espagne dans la politique générale française au XX^e siècle. Une réflexion sur la bilatéralité entre les nations», en SAGNES, Jean (dir.): *Images et influences de l’Espagne dans la France contemporaine*. Béziers: Presses Universitaires de Perpignan, 1994, pp. 34-54; POUTET, H.: *Images touristiques de l’Espagne. De la propagande politique à la promotion touristique*. París: L’Harmattan, 1995; y PELLISTRANDI, B.: «La imagen de España en Francia en el siglo XX», en MORALES, A. (coord.): *Las claves de España en el siglo XX*. Madrid: España Nuevo Milenio, 2001, vol. «Nacionalismos e imagen de España», pp. 91-103.

30. *Le Monde Diplomatique*, 7/VI/1965.

31. DELAUNEY, J. M., art. cit., p. 41.

32. ANGOUSTURES, A., art. cit., pp. 679-683.

que la vida era más barata, soleada y simpática ¿Los españoles? Un pueblo pasional, ingenuo, pobre, orgulloso con tendencia a bravucón, y muy acogedor.

En España, el creciente interés de las autoridades francesas fue ampliamente correspondido, pero también los tópicos con los que el resto de la sociedad juzgó las realidades del país vecino. El gobierno y la prensa permanecieron atentos al más mínimo gesto de la política exterior francesa. Hubo críticas hacia ciertas decisiones de De Gaulle, como su acercamiento a los países del este, pero sobre todo elogios hacia su carisma, el alcance de sus actuaciones y su voluntad de independencia nacional, en particular cuando las derivas antiamericanistas del presidente francés coincidían con los momentos en que España intentaba reajustar sin éxito sus desequilibradas relaciones con Estados Unidos. En unos años en los que el régimen franquista necesitaba demostrar a la opinión pública, nacional e internacional, la progresiva normalización de sus relaciones exteriores, y en que Francia ampliaba su presencia en el mundo, el gobierno español solía otorgar importancia a cualquier contacto establecido con su homólogo francés. Francia aparecía como un horizonte de referencia, un ejemplo a seguir, una nación por la que pasaban las claves de muchos problemas españoles, y de la que se esperaba mucho más de lo que sus dirigentes tenían intención o capacidad de poder ofrecer. Ante el desinterés o la ambigüedad de muchas de las respuestas que llegaban del otro lado de los Pirineos, las autoridades españolas solían porfiar en su empeño e insistir frente a sus interlocutores de una forma que, en palabras del embajador Roland de Margerie, «frisait parfois le mauvais goût ou le manque de discernement»³³. La sociedad española, por su parte, apenas modificó su imagen estereotipada de Francia y los franceses, resumida en la fórmula: francés = republicano, laico, rico, calculador, chauvinista y arrogante. El recelo de los españoles hacia los franceses era moneda de uso corriente, no sólo por las diferencias de nivel de vida, que pudieron medirse en directo a través de turistas y emigrantes, sino también porque, a muchos de ellos, la educación franquista les había inculcado un sentimiento de odio hacia Francia, presentándola como la enemiga secular de España, la culpable de su decadencia, el foco de las peligrosas novedades que habían puesto en peligro los valores auténticamente españoles³⁴.

3. ESTANCAMIENTO POLÍTICO: «NOUS AVONS LA TÊTE AILLEURS»

Durante la presidencia del general De Gaulle, las relaciones políticas entre España y Francia llegaron a un punto de estancamiento, por la confluencia entre

33. Carta del embajador Roland de Margerie al Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Madrid: 25/VI/1960. Archivo de las Comunidades Europeas (en adelante ACE), OEEC, vol. 704.

34. En los manuales escolares de Historia de España figuró durante mucho tiempo un esquema burdo y maniqueo que identificaba «el bien» con lo católico y español y «el mal» con lo extranjero, lo materialista, lo liberal y, en definitiva, lo francés. Vid. VALLS, R.: «Ideología franquista y enseñanza de la Historia en España, 1938-1953», en FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*. Barcelona: Crítica, 2000, pp. 230-245; y, de mayor actualidad aunque menor rigor histórico, ABÓS, Á. L.: *La Historia que nos enseñaron (1937-1975)*. Madrid: FOCA, 2003, especialmente pp. 152-153.

el carácter dictatorial del régimen de Franco y la prioridad de otros objetivos en la política exterior francesa. La ausencia de democracia en España impidió la plena normalización de relaciones en el ámbito político, pero no representó ningún obstáculo para la normalización de relaciones en los ámbitos económico y cultural. En los programas franceses de política exterior, España ocupó una posición secundaria, dada la prioridad conferida a las dos superpotencias y a las principales potencias de Europa occidental; sin embargo, en los programas franceses de expansión económica internacional, se la situó en un lugar prioritario entre los grandes. La frase «nous avons la tête ailleurs», o similares, aparecieron con frecuencia en los informes que sobre España y la política exterior de Francia hacia España intercambiaron los miembros del gobierno del general De Gaulle. El «*ailleurs*» venía a significar que, en materia de política exterior, el pensamiento y la acción francesa se dirigían hacia otros países, y que el interés por su vecino meridional se focalizaba en las esferas económica y cultural. En efecto, en los años sesenta España era un país periférico en la geopolítica mundial, pero a la vez un mercado emergente capaz de proporcionar enormes beneficios para el comercio, las inversiones y las transferencias tecnológicas extranjeras. Las autoridades francesas centraron, por lo tanto, sus esfuerzos en la intensificación de las relaciones económicas y culturales con España, aunque también tuvieron que pronunciarse en temas dotados de repercusiones políticas, en particular las demandas españolas de ingreso en la CEE, efectuadas en 1962 y 1964.

El gobierno español planteó el acceso a la CEE como una necesidad, a la vez para avanzar en el proceso de rehabilitación internacional del franquismo y para consolidar el cambio económico de finales de los años cincuenta³⁵. Confiaba en la ayuda que, mediante la acogida favorable de su solicitud y la intermediación ante el resto de países comunitarios, le brindaría el gobierno francés. Un precedente inmediato amparaba estas apreciaciones: el apoyo francés a la entrada de España en la OECE. Francia formó parte de las sucesivas comisiones que, desde mediados de los años cincuenta, debatieron el posible ingreso de España en la OECE y enviaron misiones de estudio para examinar la situación de la economía española. Posteriormente, aprobó su inclusión en los grupos de trabajo, comités técnicos y otras instancias particulares de la organización³⁶. La perspectiva de la incorporación de España como miembro de pleno derecho despertó, no obstante, ciertos temores entre los responsables franceses, que desconfiaban que la liberalización comercial española, requisito *sine qua non* del ingreso en la OECE, pudiese afectar negativamente a las exportaciones francesas. En concreto, Francia temía que, desaparecido el régimen de comercio bilateral que regía sus intercambios

35. Sobre las relaciones entre la CEE y la España franquista, vid. LA PORTE, M. T.: *La política europea del régimen de Franco, 1957-1962*. Pamplona: EUNSA, 1992; y MORENO, A.: *Franquismo y construcción europea. Anhelos, necesidad y realidad de la aproximación a Europa*. Madrid: Tecnos, 1998.

36. Sobre el proceso de integración de España en la OECE, puede consultarse el artículo de DELGADO, L.: «El ingreso de España en la Organización Europea de Cooperación Económica», *Arbor*, CLXX, n.º 669, septiembre 2001, pp. 147-179.

con España, sus exportaciones industriales no pudiesen competir con las ofertadas por otros países a costes menores, y que, al contrario, las exportaciones agrícolas españolas desbancaran fácilmente, también por cuestiones de precio, a las procedentes de las regiones francesas del Magreb (Argelia, Túnez y Marruecos) y del sur de la metrópoli (particularmente la de Midi-Pyrénées). Estos inconvenientes no impidieron que, al final, Francia otorgase su apoyo al ingreso de España en la OECE, considerando que la liberalización comercial española acabaría por resultar beneficiosa para la economía francesa, y que este gesto se traduciría en un mayor respaldo del gobierno español a su política argelina³⁷.

Respondiendo a la importancia que le confería España en sus relaciones con Europa, Francia se auto-designó como el mejor valedor de sus demandas de ingreso en la CEE, especialmente de cara a las autoridades españolas. De puertas adentro, algunos miembros del gobierno francés alzaron sus voces, ciertamente, en defensa de la entrada de España. Primero, porque coadyuvaría a sostener el ideal de *l'Europe des Patries* proclamado por De Gaulle, que no había encontrado demasiado eco en el seno comunitario. Franceses y españoles eran conscientes de que, debido a su régimen político, España sólo tendría cabida en este modelo de integración, que defendía la estructura comunitaria confederal y la soberanía nacional de los Estados miembros. En segundo lugar, la apertura de la CEE hacia el sur permitiría formar un «pilar latino» que contrarrestase el peso de los países del centro y norte de Europa, demasiado influenciados, a juicio de De Gaulle, por Estados Unidos. Tercero, la integración europea estimularía la evolución de España en una doble dirección, la modernización económica y la democratización política. En sentido inverso, la no integración debilitaría, además del nivel de vida de los españoles, la capacidad de maniobra, dentro y fuera de España, de los sectores partidarios de la liberalización económica y la apertura política, en beneficio de los más fervientes defensores de la autarquía y el autoritarismo³⁸.

Areilza afirma en sus memorias que el apoyo francés a la primera demanda española fue terminante y explícito, si bien no exento de dificultades: «el propio Couve de Murville [ministro francés de Asuntos Exteriores y presidente de turno del Consejo de Ministros de la CEE] me advirtió que el asunto iba para largo y que era preciso proceder con cautela y paciencia [...]»³⁹. La documentación diplomática francesa revela, sin embargo, que este apoyo nunca fue tan terminante y explícito, o por lo menos resultó mucho más condicionado y tibio de lo que en ese momento se intentó transmitir a las autoridades españolas⁴⁰. En la óptica

37. Vid. «Incidence sur les affaires financières et économiques franco-espagnoles de l'admission de l'Espagne à l'OECE», nota del ministro de Hacienda, París, 23/V/1957. Archivo del Ministerio francés de Economía, Finanzas e Industria (en adelante AMEFI), B-43.847; «Questions économiques relatives à l'Espagne», nota de la Dirección de Economía y Finanzas del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, París, 8/VIII/1958. ACE, OEEC, vol. 371; y «Admission de l'Espagne à l'OECE», nota de la Dirección de Economía y Finanzas del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, París, 28/VII/1958. ACE, OEEC, vol. 371.

38. «Informe sobre ciertos aspectos favorables...», doc. cit.

39. AREILZA, J. M.: *Memorias Exteriores...* op. cit., p. 180.

40. Vid., entre otros, nota de la Dirección de Asuntos Políticos, Subdirección de Europa Meridional, del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, París, 28/IV/1966. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-

francesa, el tema del ingreso de España en la CEE no era urgente ni preferente, o desde luego no en la medida en que podían serlo otros asuntos de la agenda comunitaria, como la nueva política agraria, el modelo de integración o la candidatura británica. Además, en aquellos años los productores agrícolas franceses comenzaban a manifestarse con fuerza contra los productos españoles concurrentes, sobre todo frutas, vinos y legumbres, amenazando con trasladar su malestar a las urnas. Por último, Francia no podía pasar por alto la naturaleza del sistema político español, no podía apadrinar el ingreso de un régimen surgido del fascismo al tiempo que vetaba el de un país democrático como Gran Bretaña. Si el gobierno francés nunca otorgó demasiada credibilidad a las declaraciones del Ministerio español de Asuntos Exteriores de evolucionar en el sentido marcado por el Tratado de Roma, acontecimientos como la ejecución de Julián Grimau o las sanciones que siguieron al congreso de Munich, vinieron a confirmarle, como al resto de países comunitarios, la cerrazón involucionista del régimen franquista.

Por todo lo anterior, de cara a las autoridades españolas, las francesas manifestaron su apoyo a la candidatura de España, señalando que eran las objeciones de otros países, en particular Italia y los del Benelux, las que impedían que el proceso de integración se tramitase con la celeridad que solicitaba el gobierno francés, sustentado por el gobierno alemán. Estas declaraciones protocolarias no se reflejaron en el terreno de los hechos. A la hora de la verdad, Francia no demostró una voluntad pronta ni generosa⁴¹, pues percibió la incorporación de España como una cuestión accesoría y un proceso a largo plazo, que sólo resultaría viable tras la adopción de cambios políticos y económicos previos⁴². El correr de los años demostró que los motivos políticos fueron secundarios en la actitud dilatoria francesa. A partir de 1975, cuando la integración de España en la CEE pasó de ser un riesgo potencial a un problema real e ineludible, el gobierno francés expresó claramente sus recelos ante la competencia de la producción agrícola y la capacidad pesquera de sus vecinos meridionales, pareció poner en duda la recién inaugurada democracia española acogiendo en su territorio a los activistas de ETA, realizó varios desplantes a los negociadores ibéricos y, en resumidas cuentas, se reveló como el principal obstáculo al ingreso en Europa de la España postfranquista⁴³.

70, vol. 352; nota de la Dirección de Economía y Finanzas del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, París, 23/X/1969. AMAE-F, EUROPE, 1961-70, Espagne, vol. 354; y carta del ministro Castiella al embajador Casa Miranda, Madrid, 21/IV/1965. AMAE-E, R-8182/16.

41. ESPADAS, M.: *Franquismo y política exterior*. Madrid: Rialp, 1987, p. 238.

42. Nota de la Dirección de Economía y Finanzas del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, París, 23/X/1969. AMAE-F, EUROPE, 1961-70, Espagne, vol. 354.

43. Sobre las relaciones franco-españolas en la época democrática, y en concreto el tema de la CEE, vid. ACUÑA, R. L.: *Como los dientes de una sierra (Francia-España de 1975 a 1985, una década)*. Barcelona, Plaza & Janés, 1986; GONZÁLEZ-GÓMEZ DEL MIÑO, P.: *La heterogeneidad de las relaciones bilaterales hispano-francesas durante el cambio político español: 1969-1986. Sus constantes y sus variables*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1991; AUBERT, Paul: «Francia y la Transición (1975-1978)», «El equívoco (1979-1984)» y «El triunfo de la razón y de los intereses comunes (1985-1993)», en BUSTURIA, D.: *Del reencuentro a la convergencia...* op.cit., pp. 117-182.

La actitud de Francia ante las demandas españolas de ingreso en la CEE resultó similar a la exhibida en el caso de la OTAN⁴⁴. El gobierno español no efectuó en los años sesenta ninguna demanda formal de integración en esta entidad. Sin embargo, Castiella y sus colaboradores tantearon repetidamente a Francia sobre su apoyo eventual, señalando que la entrada en la OTAN permitiría a España reducir los grandes desequilibrios de su relación bilateral con Estados Unidos, además de garantizarle una protección suplementaria frente a la amenaza comunista, facilitar su ingreso en el Mercado Común y añadir otra nota de prestigio a sus éxitos diplomáticos de los últimos años. Como en el caso de la CEE, las autoridades francesas no rechazaron de antemano el ingreso de España en la OTAN, pero lo contemplaron como un proceso a largo plazo y se centraron en la resolución de problemas más perentorios, como era el de las relaciones entre la Alianza Atlántica y la propia Francia. De puertas adentro, sólo una pequeña parte del ejército francés apoyó de forma efectiva la entrada de España, amparándose en razones puramente estratégicas: las bases españolas asegurarían la retaguardia de Francia en caso de conflicto armado en el continente. El resto de las autoridades, civiles y militares, observaron que esta integración era tan innecesaria como contraproducente. Innecesaria, porque España participaba en la defensa atlántica por la vía de los acuerdos militares que mantenía con Portugal y Estados Unidos, y por tanto, en caso de guerra se uniría obligatoriamente al bloque occidental. Contraproducente, primero porque el ejército español adolecía de un déficit importante tanto en hombres como en armamentos, y segundo porque implicaría el refuerzo del nexo hispano-norteamericano en detrimento del hispano-francés, lo cual tendría consecuencias en las esferas económica y cultural⁴⁵.

En materia militar, Francia demostró su preferencia por las relaciones bilaterales con España. En este sentido, se opuso a la idea, planteada varias veces a lo largo de la década, de formalizar un Pacto Mediterráneo que integrara a España, Francia, Italia y eventualmente a los países ribereños del norte de África, a fin de tratar problemas de seguridad que les afectaban directamente. Asimismo, estudió un proyecto de instalación de bases militares y campos de entrenamiento en España, «pour en tirer profit sur la Péninsule Ibérique au même niveau que les USA»⁴⁶, e incluso se planteó la firma de un acuerdo hispano-francés análogo al hispano-norteamericano de 1953, posibilidad concebida no tanto para reemplazar a Estados Unidos, lo cual carecía de realismo, como para participar de las ventajas

44. Las relaciones entre España y la OTAN pueden seguirse en CORDERO, J. M.: «Alianzas españolas», *Revista de Política Internacional*, nº 96, 1968, pp. 5-36; BARBÉ, E.: *España y la OTAN. La problemática europea en materia de seguridad*. Barcelona: Laia, 1981; y MARQUINA, A.: *España en la política de seguridad occidental, 1936-1986*. Madrid: Ediciones del Ejército, 1986.

45. Nota de la Dirección de Asuntos Políticos, Subdirección de Europa Meridional, del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, París, 4/IX/1960. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1956-60, vol. 236.

46. Nota de la Dirección de Asuntos Políticos, Subdirección de Europa Meridional, del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, París, 7/IX/1959. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1956-60, vol. 242. La RFA concibió hacia 1960 un proyecto semejante al francés, que finalmente abandonó por innecesario. Vid. COLLADO, Carlos: «Planes militares de Adenauer en España. El proyecto de instalación de bases militares de 1960», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie V, Hª Contemporánea, nº 4, 1991, pp. 97-116.

estratégicas del territorio español, especialmente tras la pérdida de sus posesiones coloniales en el norte de África⁴⁷. Pero estos planes se quedaron en el papel. A la postre, Francia sólo se interesó por la cooperación militar con España para la resolución de conflictos particulares, como el del expansionismo marroquí, y para dar salida a su producción armamentística. En los años sesenta la política francesa de venta de armamentos se saldó con varias operaciones de envergadura en España, entre ellas la cesión de materiales, licencias y asistencia técnica para la fabricación de submarinos *Daphné* (1966), aviones *Mirage III* (1970) y carros de combate *AMX* (1970)⁴⁸, operaciones que, para los franceses, supusieron sustanciales beneficios económicos, y para los españoles, un apreciado instrumento de presión frente a Estados Unidos, sobre todo en el contexto de la segunda renegociación de los Pactos de 1953, tramitada entre 1968 y 1970.

4. AVANCE ECONÓMICO: «NOUS N'ÉPARGNERONS AUCUN EFFORT»

Desde finales de los años cincuenta, la economía española entró en la senda de la liberalización y apertura exteriores, experimentando un crecimiento sin precedentes. Con el telón de fondo de la distensión bilateral, esta nueva etapa abrió grandes perspectivas para los franceses interesados en emprender o ampliar negocios en España. Aspectos como la flexibilización de las condiciones de acceso al mercado, la disponibilidad de una mano de obra barata y abundante, y la posibilidad de utilizar el mercado español como plataforma para la exportación hacia terceros países, sobre todo los de América Latina, constituyeron potentes señuelos para los medios económicos franceses, que desplegaron todos sus esfuerzos para aprovecharlos al máximo. Esta voluntad de no escatimar ningún esfuerzo («nous n'épargnerons aucun effort») se expresó con insistencia en los informes y discursos franceses, gubernamentales y empresariales, que abordaron las relaciones económicas con España. Para consolidar y ampliar posiciones al otro lado de los Pirineos, las autoridades francesas utilizaron, o recomendaron utilizar, una serie de estrategias. Entre ellas, cabe destacar el incremento de sus visitas oficiales a España, así como las invitaciones a Francia de personalidades españolas; la presencia de material francés en las ferias, exposiciones y demás manifestaciones económicas que se organizaron en España; la formación profesional del personal español; y el aumento, en número y prestaciones, de las instituciones dedicadas, específicamente, al impulso de las relaciones económicas bilaterales.

Entre los miembros del gobierno francés que se desplazaron a España en visita oficial de 1958 a 1969, podemos mencionar al ministro de Hacienda, Valéry

47. Informe del embajador Roland de Margerie al Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Madrid, 14/I/1960. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1956-60, vol. 242.

48. Vid. Acuerdos en AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, varios vols.; y MINISTÈRE DES AFFAIRES ÉTRANGÈRES: *Recueil des Traités et Accords de la France (traités bilatéraux: Espagne)*, <http://www.doc.diplomatie.gouv.fr/pacte>.

Giscard d'Estaing (en abril de 1963), al ministro de Asuntos Exteriores, Maurice Couve de Murville (en mayo de 1964), y al ministro de Investigaciones Científicas y de Cuestiones Atómicas y Espaciales, Alain Peyrefitte (en octubre de 1966). Entre las ferias y exposiciones españolas con participación francesa, destacó la denominada Primera Exposición de la Técnica Francesa, celebrada en Madrid del 13 al 25 de octubre de 1964. En esta exposición, por primera vez consagrada en exclusiva a la técnica francesa, pequeñas y grandes empresas presentaron los últimos ejemplares de su producción y los modelos más perfeccionados de su tecnología, seleccionados cuidadosamente en función de las necesidades de la industrialización española y de sus previsiones de crecimiento. En el transcurso de la década, las autoridades francesas aprobaron varios programas para la formación y el perfeccionamiento profesional del personal español, fundamentalmente de los cuadros medios y superiores. Tenían la certeza de que las personas educadas en Francia o por los franceses se convertirían en una atractiva mezcla de propagandistas, clientes y embajadores de este país: difundirían el prestigio de sus productos, técnicas y modelos de organización administrativa y empresarial, facilitarían su elección en las sucesivas adjudicaciones de suministros comerciales e industriales a extranjeros, y contribuirían, a medio y largo plazo, al progreso general de las relaciones económicas franco-españolas. Por último, para ampliar y consolidar sus posiciones económicas en España, los franceses utilizaron el cauce de diversos organismos bilaterales, unos de creación antigua, como las Cámaras de Comercio francesas en España, emplazadas en Madrid, Barcelona, Valencia y San Sebastián, y otros de nuevo cuño, es decir constituidos en los años sesenta, como los Comités franco-españoles de Cooperación Industrial (1967) y de Cooperación Agrícola (1968), o la Asociación Hispano-Francesa de Cooperación Técnica y Científica (1964).

Gobierno y empresarios colaboraron en éstas y otras iniciativas hacia España, si bien los empresarios, tanto de la esfera pública como privada, prefirieron completar las actuaciones oficiales con sus propias iniciativas, es decir las visitas de sus delegados, la asistencia sólo a las ferias y exposiciones que más beneficios directos podían aportarles, la formación del personal en el seno de sus empresas, y la creación de mecanismos institucionales en ámbitos específicos de su interés. Por lo general, las iniciativas empresariales se revelaron más rápidas y eficaces que las estatales, por estar menos condicionadas por requisitos administrativos, promover actuaciones más sistemáticas y no perseguir proyectos tan ambiciosos. Obviamente, los empresarios franceses no estuvieron de acuerdo con muchos de los hábitos políticos y económicos practicados en España, y a veces manifestaron su oposición. Pero, como los propios empresarios españoles, por lo general intentaron adaptarse al contexto y aprovechar las ventajas que podía aportarles el llevarse bien con los mandatarios franquistas. No sólo conseguirían facilitar los trámites para la obtención de autorizaciones según los cauces previstos, sino que además accederían a un número de licencias de importación o a un porcentaje de participación accionarial superiores a los topes legalmente acordados. En consecuencia, los empresarios franceses privilegiaron la asociación con el

capital local, modificaron productos y técnicas en función de las necesidades del país receptor, permitieron el acceso de españoles a puestos directivos de sus filiales, evitaron el enfrentamiento abierto con la organización sindical, y trataron de silenciar sus posibles prejuicios hacia la dictadura.

Los medios económicos españoles, por su parte, también comenzaron entonces a aplicar estrategias similares para colocar sus productos, técnicas y capitales en el mercado francés, sobre todo a través de visitas oficiales a Francia (los ministros de Exteriores, Comercio y Hacienda, Castiella, Ullastres y Navarro Rubio, viajaron a París, como mínimo, una vez al año entre 1958 y 1969), y a través de la participaron en las ferias y exposiciones organizadas en Francia (sobre todo en París y las regiones del sureste). No obstante, en aquellos años, la proyección económica de España en Francia resultó mucho menor. España actuó mucho menos como emisor que como receptor, efecto conjugado de su nivel de desarrollo inferior y de su interés por aprovechar las ventajas de la producción, la tecnología y las inversiones francesas, imposibles de hallar en el interior del país.

Como resultado de esta serie de actuaciones, en los años sesenta se asistió a un crecimiento sostenido de los intercambios comerciales franco-españoles, sobre todo en el capítulo de las exportaciones francesas a España. Al mismo tiempo, se registró una participación creciente de los capitales y técnicas de origen francés en el proceso de industrialización española. Por último, tuvo lugar un tráfico continuo de personas entre uno y otro lado de los Pirineos, en su mayoría emigrantes españoles a Francia y turistas franceses a España. Veamos, a continuación, algunos datos sobre estas cuestiones:

De 1960 a 1969, el valor de las importaciones españolas (integradas fundamentalmente por bienes de equipo) pasó de 78,5 a 500 millones de dólares, mientras que sus exportaciones (en su mayoría productos agrícolas) sólo se incrementaron de 80,9 a 200 millones de dólares. Fruto de esta evolución, los saldos de la balanza comercial bilateral resultaron, salvo en 1960, positivos para Francia y negativos para España, y la tasa de cobertura se mantuvo por encima del 200% en Francia y por debajo del 50% en España, lo que significa que en Francia las exportaciones financiaron ampliamente las importaciones y en España no cubrieron ni la mitad. Francia se mantuvo, durante toda la década, entre los cinco primeros puestos de proveedores y clientes del mercado español, aventajada siempre por Estados Unidos y Alemania, y alternando posiciones con Italia y el Reino Unido. Las inversiones francesas pasaron de 1,2 millones de dólares en 1960 a 6,3 millones de dólares en 1969, representando en torno al 5-10% anual del total de la inversión de capital extranjero en España. Con la excepción de 1965 y 1968, Francia ocupó uno de los cinco primeros puestos en la lista de inversores extranjeros en España, precedida a gran distancia por Estados Unidos y Suiza, alternando posiciones con Alemania y el Reino Unido, y llevando gran ventaja sobre otros países como Italia o Bélgica. En los últimos años de la década, los franceses disponían de algún tipo de participación, mayoritaria o minoritaria, directa o indirecta, en los principales sectores de la industria española, destacando el automóvil, la minería, la siderurgia, la alimentación y las acti-

vidades relacionadas con la banca, los seguros y el mercado inmobiliario. A las aportaciones de productos y capitales se sumó el suministro de tecnología y asistencia técnica, ámbito en el cual, según las estadísticas oficiales españolas, Francia mantuvo en los años sesenta una posición preferente en el *ranking* de países extranjeros, acaparando una media del 25% del total de los contratos de cesión de tecnología aprobados por el Ministerio español de Industria, porcentaje superior al que consiguieron sus principales competidores extranjeros. Todo ello sin contar con el gran volumen de divisas que el turismo francés en España y la emigración española a Francia aportaron a la balanza española de pagos. Fue de Francia de dónde llegaron más turistas extranjeros a España y en Francia dónde se estableció el mayor número de emigrantes españoles. En 1969, por ejemplo, cruzaron la frontera más de 8 millones de turistas franceses (de un total de 21 millones de turistas extranjeros), generando unos ingresos de 240 millones de dólares (de los 1.300 millones que por concepto «turismo» ingresaron ese año en la balanza española de pagos). En 1969 llegaron a Francia unos 34.600 emigrantes españoles (el 15% del total de su inmigración anual), que se sumaron a los más de 600.000 españoles ya establecidos en este país. En conjunto, enviaron a España unos 150 millones de dólares (de los 466 millones anotados ese año en la balanza española de pagos en concepto de «remesas de emigrantes»)⁴⁹.

Evidentemente, el interés por consolidar y ampliar posiciones en España no fue exclusivo de Francia. Prácticamente todos los países desarrollados de Occidente, inmersos en un clima de expansión y de apertura económica, intensificaron sus operaciones comerciales y financieras hacia países que, como España, ofrecían importantes ventajas comparativas, especialmente a raíz de sus medidas liberalizadoras de 1959. Preocupados por la creciente competencia internacional, y convencidos de que la coyuntura favorable no se prolongaría indefinidamente, los responsables franceses exhortaron a sus ciudadanos a desplegar todos sus esfuerzos en pro de la implantación económica en España, pese a los sacrificios, e incluso fracasos transitorios, que ello pudiese implicar:

Il est indispensable de ne négliger aucun effort pour tenter de nous assurer actuellement des places dans les diverses industries espagnoles, même en faisant certains sacrifices et en surmontant l'impatience que peuvent provoquer certains insuccès [...] Dans quelques années, les pays qui auront acquis une place la garderont et pourront même la développer. Les autres se heurteront à des obstacles de plus en plus difficiles à surmonter pour se faire admettre [...].⁵⁰

49. Datos recogidos en *Estadísticas del comercio exterior de España*, Ministerio de Comercio, Dirección General de Aduanas, anual; *Estadísticas de inversiones extranjeras autorizadas*, Presidencia del Gobierno, anual; *Relación de contratos de asistencia técnica con sociedades extranjeras*, Ministerio de Industria, Secretaría General Técnica, anual; *Estadísticas de turismo*, Ministerio de Información y Turismo, anual; y *Balance des paiements entre la France et l'extérieur: Espagne*, Banco de Francia, Dirección General de Servicios Extranjeros, anual.

50. Carta del embajador Robert de Boisseson al Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Madrid, 10/1/1966. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 318.

Alemania fue uno de los competidores extranjeros que con más frecuencia apareció en el punto de mira de las autoridades francesas. El gobierno francés decía comprender que España intentase ampliar sus vías de acceso a Europa, pero mostró reiteradamente su inquietud ante el hecho de «voir Bonn assumer une tâche qui devait en fait revenir à Paris»⁵¹. Año tras año, los intercambios comerciales y culturales, la ayuda técnica, la inversión, el turismo y la emigración reforzaban, efectivamente, los contactos hispano-alemanes. Ahora bien, como ocurría en prácticamente todos los países en los que Francia tenía intereses económicos, el obstáculo principal a la consolidación y ampliación de sus posiciones en España era la fuerte competencia de Estados Unidos:

Beaucoup plus que les Allemands ou les Anglais, naguère nos grands concurrents ici, c'est l'industrie américaine que nous rencontrons dans les domaines auxquels nous attachons le plus d'importance⁵².

En los años sesenta Estados Unidos era el primer cliente y proveedor comercial del mercado español, además del más importante suministrador de capitales, en forma de créditos y de inversiones. Tal volumen de intereses le permitía estar presente en sectores clave de la economía española, ejercer una influencia decisiva en los grupos económicos nacionales, e incluso orientar en su favor las grandes decisiones de política económica. Las autoridades francesas reconocían la incapacidad de sus empresas para competir con las grandes multinacionales norteamericanas, en cuestiones fundamentales como el volumen de la inversión, los precios de venta, los plazos de suministro o las facilidades de crédito a medio y largo plazo. Además, conocían la amplitud de los intereses norteamericanos en España y la importancia que el régimen de Franco confería al nexo con la primera potencia mundial. Pero, a la vez, eran conscientes de lo limitado de las prestaciones de los Convenios de 1953 y de la decepción de sus homólogos españoles ante la cantidad y calidad de la ayuda recibida. De ahí que realizaran un esfuerzo sostenido para convencer a los españoles de las mayores ventajas de hacer negocios con Francia. En primer lugar, disminuirían la dependencia respecto a Estados Unidos, gracias a la diversificación de sus equipamientos industriales y a la firma de contratos de co-fabricación con las empresas locales, un capítulo generalmente desdeñado por los norteamericanos. Además, lograrían incrementar su capacidad de renegociación de los Convenios y lograr un apoyo francés más firme a sus demandas de ingreso en la CEE. El gobierno francés alentó a sus industriales a aprovechar las desavenencias surgidas entre España y Estados Unidos para presentar a los españoles proyectos que rivalizaran directamente con los norteamericanos:

51. Telegrama del embajador Robert de Boisseson al Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Madrid, 18/XI/1969. AMEFI, B-43.846.

52. «Développement de l'influence des Etats-Unis en Espagne et ses conséquences pour la France», informe del embajador Robert de Boisseson al Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Madrid, 4/V/1965. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 333.

Tout ce qui peut donner aux Espagnols l'impression que le gouvernement de Washington ne constitue pas leur unique recours diminuera d'autant l'influence américaine ici [...] Il faut les mener à trouver des possibilités de rechange ou de complément, des possibilités de réduire l'assujettissement d'un trop long et trop exclusif tête-à-tête avec les Etats-Unis⁵³.

De este modo, en el transcurso de los años sesenta Francia propuso, y España aceptó, proyectos industriales que compitieron directamente con los norteamericanos. Algunos de ellos no se justificaron tanto por su interés técnico o su rentabilidad económica, cuanto por su utilidad para presionar a Estados Unidos y mitigar su influencia en España. Dos de las principales operaciones bilaterales realizadas en aquella década confirman estas apreciaciones: la edificación en Gran Canaria de una estación espacial francesa para el seguimiento de satélites artificiales y la construcción en Vandellós, en la provincia de Tarragona, de una central nuclear franco-española. El acuerdo de la primera operación, concluido en 1964, recogió principios idénticos a los incluidos en un acuerdo anterior, firmado en 1960 por España y Estados Unidos, para el establecimiento de una estación espacial norteamericana también en la isla de Gran Canaria⁵⁴. Al proponer este proyecto, Francia dejó constancia de su intención de tomar posiciones en España compitiendo con los proyectos norteamericanos más sobresalientes. Al aceptarlo, España demostró su voluntad de levantar un dique francés que frenase, en la medida de lo posible, a Estados Unidos⁵⁵. Vandellós fue la tercera central nuclear emplazada en España, después de las norteamericanas de Zorita de los Canes (Guadalajara) y Santa María de Garoña (Burgos). Utilizó una tecnología francesa denominada de «uranio natural-gas-grafito», rival de la norteamericana de «uranio enriquecido-agua ligera». Todos los estudios demostraron que la tecnología francesa elegida para la nueva central era sensiblemente más costosa que la norteamericana utilizada en las dos primeras centrales (en torno a un 20% más considerando potencias iguales). Sin embargo, franceses y españoles siguieron adelante con el proyecto, con la garantía, eso sí, de las excepcionales condiciones de financiación que consintieron las autoridades francesas. La central nuclear de Vandellós I entró en funcionamiento en 1972. Fue la última realización de la tecnología francesa, que poco después sería sustituida por la norteamericana, y su primera y única exportación. Esta operación fue ante todo concebida como un instrumento de política exterior, y constituyó un magnífico ejemplo de la voluntad de los gobiernos francés y español de proceder a un acercamiento mutuo en

53. Ibidem.

54. Vid. «Acuerdo entre el gobierno francés y el gobierno español relativo a la instalación de una estación de control de satélites en las Islas Canarias», Madrid, 4/VI/1964; y «Acuerdo entre los gobiernos de España y los Estados Unidos de América para el establecimiento en la isla de Gran Canaria de una estación de seguimiento y comunicación con vehículos espaciales», Madrid, 18/III/1960. Ambos en AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 358.

55. Para ampliar los detalles de esta operación, puede consultarse el libro de SÁNCHEZ RON, J. M.: *Cinzel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX-XX)*. Madrid: Taurus, 2000, pp. 397-398.

perjuicio de Estados Unidos, por encima de los costes económicos que ello conllevara⁵⁶.

No obstante, pese a estas maniobras políticas, fue la lógica económica la que presidió la mayor parte de las operaciones acordadas entre ambos países. De hecho, otros ambiciosos proyectos franceses en España fracasaron en razón de su incapacidad competitiva frente a los proyectos rivales extranjeros. Así ocurrió con el Protocolo Financiero de 1963, un crédito de 750 millones de francos que el gobierno francés concedió a los industriales españoles para financiar sus compras a Francia, y que quedó prácticamente desierto debido a las ventajas comparativas de las ofertas crediticias coetáneas de los organismos internacionales y de Estados Unidos. Así ocurrió también con el proyecto para implantar en España el sistema francés SECAM de televisión en color, que sucumbió ante el alemán PAL, y con los planes de las compañías petrolíferas francesas para construir refinerías en la Península Ibérica, que no pudieron competir, ni en materia industrial ni financiera, con los de las grandes multinacionales norteamericanas.

5. LA EXPANSIÓN CULTURAL AL SERVICIO DE LA EXPANSIÓN ECONÓMICA

La acción cultural francesa, que contaba con una larga tradición, fue ampliamente potenciada en los años sesenta, mediante la aprobación de una serie de medidas tendentes a consolidar su expansión en España. En el transcurso de la década, los servicios culturales de la Embajada de Francia en Madrid incrementaron sus medios materiales, atribuciones y personal, dotándose de un agregado científico (1963), un agregado de cooperación técnica (1965), un consejero pedagógico (1968) y un encargado de la Oficina de Intercambios Artísticos en los campos de la radio, el cine y la televisión (1968)⁵⁷. Al mismo tiempo, se mejoraron las instalaciones, posibilidades financieras y capacidades operativas de las instituciones culturales francesas en España, que a finales del decenio estudiado eran básicamente las siguientes: la Casa de Velázquez (Madrid), nueve *Écoles* (Barcelona, Bilbao, San Sebastián, Sevilla, Huelva, Zaragoza, Alicante, Málaga y Valencia), siete *Instituts* (Madrid, Barcelona, y sus delegaciones de Bilbao, San Sebastián, Zaragoza, Sevilla y Valencia), dos *Lycées* (Madrid y Barcelona), doce lectorados en Universidades y más de treinta círculos de la Alianza Francesa, sin contar con fundaciones íntegramente privadas como Saint-Louis-des-Français en Madrid y Nôtre-Dame-du-Rosaire en Valladolid⁵⁸. El Ministerio francés de Asuntos Exteriores

56. Sobre la central de Vandellós, vid. MARTY, F.; SÁNCHEZ, E.: «La centrale nucléaire hispano-française de Vandellos: logiques économiques, technologiques et politiques d'une décision», *Bulletin d'Histoire de l'Electricité*, nº 36, 2000, pp. 5-30.

57. «Note sur les Services Culturels», sin firma, Madrid, 27/1/1969. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol 353.

58. Asamblea Nacional francesa, informe de la Comisión de Asuntos Exteriores sobre España, Paris, 28/X/1969. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 363; y «Diffusion culturelle et artistique», nota de la Dirección General de Relaciones Culturales, Científicas y Técnicas, Paris, 11/XII/1970. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 355.

lanzó diversos programas para conceder becas de intercambio a profesores y alumnos españoles, homologar las titulaciones académicas obtenidas en uno y otro país, y donar libros y revistas especializadas a instituciones españolas. Del lado francés, también se potenció la enseñanza del español y de la historia de España en las Universidades y otros centros de enseñanza superior, y se fundaron nuevas asociaciones de hispanistas, entre las que despuntó la Société des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur, puesta en marcha en 1964 por Marcel Bataillon, Noël Salomon y Albert Dérozier⁵⁹. Esta política se completó, por parte española y francesa, con la celebración, en uno y otro país, de numerosos actos culturales bilaterales: conferencias, seminarios, exposiciones, conciertos, representaciones teatrales, inauguraciones de calles, monumentos y placas conmemorativas, manifestaciones de solidaridad con motivo de siniestros y accidentes, hermanamientos de poblaciones francesas y españolas, etc.⁶⁰.

La expansión cultural francesa en España fue en gran parte concebida como un instrumento de apoyo a su expansión económica. Baste citar a este respecto el gesto del embajador Robert de Boisseson al término de su visita oficial a la ciudad de León, a finales de julio de 1966. Boisseson animó a sus superiores a responder favorablemente a todas las demandas efectuadas por los profesores de francés, por cuanto se traducirían en el incremento de las posibilidades de participación de las empresas francesas en el desarrollo económico de la región⁶¹. De hecho, aunque la carga financiera de la acción cultural recayó mayoritariamente en los Ministerios franceses de Exteriores y Educación, las principales empresas francesas con intereses en España contribuyeron a su expansión, mediante la concesión de préstamos, subvenciones y facilidades logísticas. No hay que olvidar que, como los miembros del cuerpo diplomático, los empresarios instalados en España solían educar a sus hijos en las *Écoles* y *Lycées* franceses. El gobierno francés también potenció el establecimiento de vías de contacto entre los profesores universitarios especialistas del mundo hispánico y los empresarios interesados en los mercados español y latinoamericano, convencido de que un mejor conocimiento del idioma y la civilización española tendría como contrapartida la intensificación de las relaciones económicas. A tal fin, se pusieron en funcionamiento cursos de formación, centros de documentación y programas de actuación conjunta universidad-empresa, como los organizados, desde 1966, por el Centre d'Études Hispaniques Appliquées aux Réalités Économiques (CEHARE), adscrito al Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Sorbona-Paris IV.

59. No obstante, la enseñanza del español en niveles inferiores dejó mucho que desear. En los años sesenta el número de escuelas y maestros españoles en Francia era ridículo en relación al volumen de emigrantes allí instalados. DELGADO, L.: «La enseñanza de los emigrantes. Entre la defensa de la identidad española y la política de asimilación francesa», en DELGADO, L. (coord.): *La emigración española a Francia en el siglo XX*, n.º monográfico de *Hispania*, n.º 211, 2002, p. 558.

60. La sucesión de estas manifestaciones bilaterales puede seguirse en la revista *Amitié franco-espagnole*, que desde 1964 y hasta su desaparición en 1967 se denominó *La revue franco-espagnole*.

61. Nota del embajador Robert de Boisseson al Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Madrid, 30/VII/1966. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 352.

Como ocurría en el ámbito de las relaciones económicas, el principal obstáculo a afrontar en materia cultural fue la expansión del inglés, en detrimento del francés, en el sistema educativo español. Esta tendencia derivaba directamente de la creciente importancia internacional de Estados Unidos, de sus actividades económicas y científico-técnicas, y en general del American way of life. El gobierno francés consideraba que el conocimiento de la lengua y civilización francesas favorecía, en gran medida, la exportación de productos, técnicas, capitales y modelos de gestión administrativa y empresarial de origen francés («qui lit français, achète français»⁶²), por lo que su pérdida de posiciones sólo podía jugar en contra de la expansión económica. La inquietud gubernamental se incrementó a partir de 1963, año en que los españoles anunciaron la aparición de una nueva normativa que establecía el inglés como lengua única obligatoria tanto en los dos últimos cursos de la enseñanza primaria (de 12 a 14 años), como en el conjunto de las enseñanzas técnicas:

[...] au moment où se développe en Espagne l'effort économique français, il est certain que la suppression pratique de notre langue dans les enseignements technique et primaire prolongé serait une mesure contraire à la politique actuellement soutenue des deux côtés⁶³.

El gobierno francés intentó detener esta legislación, señalando a los ministros españoles responsables de Exteriores y Educación, Castiella y Lora-Tamayo, que la elección de una u otra lengua tendría que corresponder a los alumnos. Ante las respuestas «ambiguas» y «evasivas» de sus interlocutores españoles, y «su empeño en minimizar la importancia del asunto», el embajador Robert de Boissesson sugirió incluso la posibilidad de otorgarles alguna satisfacción de tipo político: «*Je me demande si nous ne pourrions pas jouer sur certains aspects politiques de nos rapports...*»⁶⁴. Según el citado embajador, la importancia de esta cuestión fue tal que hasta llegó a manos del general De Gaulle, el cual, después de manifestar su sorpresa y preocupación, exhortó a la toma de medidas urgentes⁶⁵. La respuesta del Ministerio de Asuntos Exteriores no se hizo esperar:

[...] aucun effort ne sera épargné de notre côté pour obtenir que l'étude de la langue française bénéficie d'une égalité de traitement avec l'anglais [...] C'est pour une grande part notre action culturelle et économique dans ce pays qui risquent d'être remises en cause⁶⁶.

62. «Forces et faiblesses de notre exportation», *Entreprise*, n° 338, 16/II/1963, p. 69.

63. Nota de la Dirección General de Relaciones Culturales, Científicas y Técnicas, París, 19/XI/1963. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 351.

64. «Démarches visant au maintien de l'enseignement du Français dans l'enseignement scolaire espagnol», informe del embajador Robert de Boissesson al Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Madrid, 15/VII/1967. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 306.

65. Nota del embajador Robert de Boissesson al Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Madrid, 25/XI/1967. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 308.

66. Nota de la Dirección de Asuntos Políticos, Subdirección de Europa Meridional, del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, París, 30/XI/1967. AMAE-F, EUROPE, Espagne, 1961-70, vol. 352.

La batalla contra el inglés explicó buena parte de las medidas culturales aprobadas en el transcurso de los años sesenta, como el progreso de los centros culturales, los intercambios de estudiantes y profesores, la donación de libros y revistas, la homologación de títulos y los actos culturales bilaterales. Todas estas disposiciones formarían parte del Acuerdo franco-español de Cooperación Cultural, Científica y Técnica, firmado por los ministros de Exteriores, Castiella y Michel Debré, el 7 de febrero de 1969, después de un proceso de negociaciones que había durado casi diez años⁶⁷.

CONCLUSIÓN

De 1958 a 1969 las relaciones entre España y Francia experimentaron una perceptible mejoría. La distancia ideológica entre los gobiernos de Franco y de De Gaulle, unida a la atención prioritaria de la política exterior francesa hacia las grandes potencias, no permitieron avanzar demasiado en el terreno político, pero no obstaculizaron el estrechamiento de relaciones por la vía económica. El interés del gobierno francés por consolidar y ampliar sus posiciones económicas y culturales en España estuvo en el origen de la normalización de sus relaciones con la España franquista, y en contrapartida, el fuerte deterioro de sus relaciones con la España del exilio. En los años sesenta, dadas las diferencias políticas y económicas entre ambos países, fue Francia quién marcó su impronta en los contactos franco-españoles, controló la toma de decisiones y actuó como emisor en las distintas facetas de las relaciones bilaterales.

A la postre, los resultados de la intervención francesa en España fueron importantes. Pero sabemos que fueron importantes al considerarlos desde una perspectiva histórica, pues en aquellos años no lo parecieron tanto. Francia se había atribuido, en España como en la escena internacional, un peso superior al que le correspondía en función de sus recursos y posibilidades, y en la práctica, sus moderados resultados finales distaron de sus ambiciosos proyectos iniciales. Los productos, técnicas, capitales y *savoir-faire* franceses lograron, es cierto, alcanzar un lugar relevante en la economía española, pero tuvieron que compartir posiciones con los alemanes, británicos, italianos, suizos... y, sobre todo, norteamericanos. A Francia le costó reconocer esta inferioridad competitiva en España, y achacó buena parte de sus fracasos a las maniobras políticas del gobierno franquista. Pero lo cierto es que no todos los proyectos franceses en España fracasaron por razones políticas, como ocurrió con el Protocolo Financiero de 1963 o el sistema SECAM de televisión en color, y es más, algunos de los que triunfaron tuvieron a su favor, precisamente, esas razones políticas, como fue

67. Vid. «Acuerdo de Cooperación Cultural, Científica y Técnica entre el Gobierno de la República francesa y el Gobierno del Estado español», Madrid, 7/II/1969. Publicado en *BOE*, 23/XII/1969 y *JO*, 22/VII/1970.

el caso de la estación espacial canaria o de la central nuclear catalana, que se beneficiaron de los intentos españoles de presionar a Estados Unidos.

Así, es posible concluir que Francia jugó un papel destacado en el desarrollo económico español de los años sesenta. No ocurrió lo mismo en el ámbito político, pues apenas se avanzó en la búsqueda de alternativas democráticas al franquismo; ni en el ámbito sociológico, pues apenas se modificó la imagen de España y los españoles que tenían la mayoría de los franceses. Los responsables económicos franceses buscaron ante todo el provecho de sus empresas, o como mucho el del conjunto de la economía francesa. De esta forma, contribuyeron, efectivamente, al crecimiento y la modernización de la economía española, pero muy poco al cambio estrictamente político o a la desaparición de los tópicos sobre el país y sus habitantes. España, por su parte, se benefició de la acción francesa a la hora de afianzar su proceso de rehabilitación internacional y, sobre todo, consolidar su desarrollo económico, aunque el precio a pagar por la economía española fue una larga etapa de dependencia extranjera, en este caso francesa.